

ILOTZ Y EL DRAGÓN



Emilbomil

*Para Ilotz, Marina, Lucía,
Zubaitz, Daniela e Ibán.
Nunca dejéis de ser unos niños.*



Protegido por los Montes de Hielo, el glaciar Mhör, situado en la zona más septentrional de Aelor, el reino del Espíritu del Frío, Ael, avanzaba exageradamente lento, como si odiara distanciarse de la cordillera que le dio la vida. Cuatro jinetes, montados en robustos *ñamús*¹, arribaban a su base.

Hacía frío y los vientos racheados de componente norte eran tan gélidos que blanqueaban sus ya de por sí canosas barbas. Una vez en la base del glaciar, descabalaron y ascendieron a pie por la gigantesca lengua de hielo.

Dos horas más tarde divisaron una grieta que se adentraba en lo más profundo del glaciar. Por desgracia, en estos últimos años, la habían visitado en demasiadas ocasiones.

¹ Mamífero herbívoro, corpulento y de pelo grueso.

—¿Cuándo creéis que acabará esto? —preguntó el más joven. Protegía su cabeza con un gorro de piel de liebre del ártico y abrigaba su cuerpo con gruesas telas de pelo de cabra.

—Ni sé cuántos llevamos ya —añadió el más fornido de los cuatro. Arrastraba un trineo en el que transportaba un bulto envuelto en piel de *ñamí*.

—Yo también he perdido la cuenta —respondió el más veterano. Escupió un salivazo de tabaco de mascar. Un vaho gris plumizo emergió de su boca. Aunque era un hombre curtido en mil batallas, con cicatrices en su rostro, no podía disimular la melancolía en su mirada.

—Este otoño, las auroras están siendo más rojizas que años atrás —apuntó el fortachón.

—Son los espíritus que, hartos de tanta sangre, reprochan nuestra cobardía —aclaró el más joven. Se quitó uno de sus guantes de piel y recogió un puñado de nieve—. Hasta la nieve está menos compacta que de costumbre. Se diría que el glaciar nos quisiera advertir de algo y nosotros no supiéramos entenderlo.

—Déjate de fantasías. Ni los espíritus, ni la nieve te han obligado a acompañarnos —sentenció el líder de la expedición, con tono severo.

—¿Cuándo terminará esta locura? —repitió el joven del gorro de liebre que tenazmente se aferraba a la esperanza de un cambio. Un nuevo salivazo manchó el immaculado hielo, tras lo cual, se hizo el silencio.

—¡Venga! Menos parloteo, todavía nos queda el camino de vuelta —apremió el jefe. Arrojaba su rostro con pieles de armiño que apenas dejaban ver la profundidad de sus ojos.

Unas ráfagas racheadas de viento del norte golpeaban con furia sobre sus espaldas. El hombre fornido se subió las solapas del abrigo y comenzó a desenvolver el paquete.

Por muchas veces que lo hubiera hecho, no se acostumbraba a esa visión. Lo que otrora fuera una niña, de no más de nueve años, yacía cadáver ante sus ojos.

Su rostro era una masa de piel arrugada, como si fuese una momia desenterrada de su descanso, después de cientos de años de reposo. Su cuerpecito estaba rígido, pálido, como un arenque salado reseándose al sol.

Con mimo, la colocó sobre el congelado suelo, en una pendiente que se perdía en lo más profundo de la sima y, dejando que la gravedad hiciera su trabajo, la vio deslizarse hasta que el cadáver desapareció dentro de las tripas de aquella gigantesca masa de hielo.

—No quisiera para ninguno de mis hijos un entierro como este —se lamentó el mascador de tabaco. Volvió a escupir, esta vez sobre el vacío de la sima.

—¡Maldita sea! Alguien tiene que parar esto —zanjó el más joven.



Una luna atrás, un enigmático mago, con ademán siniestro y escondido tras su embozo, accedía a una venta en el apartado y lejano pueblo de Rolan, sito en las costas surorientales.

—¿Es esta la niña? —preguntó a sus cuatro sicarios. Una chiquilla, de apenas nueve años, reposaba sobre un incómodo banco elaborado con la vieja madera de una antigua viga. Apoyaba sus codos en una cuarteada mesa, del mismo material.

—Sí, gran Usatán. Ha dado muestras de un impresionante poder mágico.

La pequeña se sentía nerviosa, allí, sola, retenida en ese apestoso cuartucho. Cuando vio aparecer por la puerta al embozado mago, escoltado por quienes la habían encerrado, su nerviosismo se trocó en miedo.

El varón la examinó de arriba abajo. Observó cómo el rostro de la niña se encogía de espanto. Giró la cabeza hacia sus lacayos. Con un sencillo movimiento de su mano les instó a que abandonaran la habitación.

En sus planes necesitaba a la niña risueña y confiada. Esbozó una falsa sonrisa y, mientras retiraba su embozo, se acercó a ella.

—¿Cómo te llamas? —preguntó con voz acaramelada.

—Alinne —respondió la niña con la timidez propia de quienes aún cuentan sus años con los dedos de las manos. Presa del pánico, no cesaba de llevarse las puntas del cabello a la boca.

—No tengas miedo, Alinne, nadie va a hacerte daño —añadió, al ver la cara asustada de la *ojiri*².

El mago, en un gesto vanidoso y envuelto en una falsa modestia, exhibió su varita mágica. Con ella realizó un sencillo y simple hechizo. Una brizna de madera que reposaba sobre la cuarteada mesa comenzó a bailar, al igual que una peonza. Esto robó una sonrisa a la niña. Tras escuchar su tímida risita, el mago añadió:

—Un pajarito me ha dicho que tú también puedes hacer cosas parecidas, ¿es cierto? —preguntó con ese tono que se usa cuando se habla con un niño. Acompañó la frase con una teatral mirada de asombro.

La niña asintió modosa.

El mago extrajo media cáscara de nuez del bolsillo interior de su túnica de seda.

—¿Serías capaz de hacer algo con esto?

La niña examinó la cáscara, la recogió entre sus dedos y la volteó varias veces, inspeccionando sus formas y arrugas. Seguido, la reposó sobre la mesa y comenzó a realizar precisos gestos con sus manos, acompañando dichos movimientos con un ligero contoneo de su cuerpo.

El mago no daba crédito. Dos runas, salidas de la nada, levitaban entre vahos grises: una de agua y otra de tierra; y sin emplear la varita mágica. Quedó sorprendido. A él le había llevado muchos años canalizar la magia de dos elementos y, esa *ojiri*, esa mierda de cría, lo acababa de hacer sin aparente esfuerzo.

² Mocosa.

La niña, ajena a los pensamientos del mago, prosiguió con el baile de sus manos. Un diminuto océano emergió en la superficie de la mesa. Mientras, la cáscara mutaba con cada giro de muñeca. Ya se apreciaban dos mástiles y otras tantas velas renaciendo de sus rugosidades. En un primer momento, ese mar reposaba en calma, pero, cuando la cáscara hubo terminado su metamorfosis, convirtiéndose en un robusto galeón, la niña chasqueó sus dedos y una runa de aire, se dibujó entre las otras dos.

En ese momento unas olas comenzaron a bambolear la embarcación.

El hombre aplaudió entusiasmado.

La niña lo miró con picardía y, tras realizar un nuevo movimiento con sus dedos, otra runa más se dibujó en el aire y unas bolas de fuego barrieron la superficie de aquel océano embravecido. Su asombro era indescriptible, ahora eran cuatro los elementos que manipulaba esa *ojiri*.

¡Cuatro elementos!, se dijo extasiado.

—Pero... ¡Esto es maravilloso! ¡Toma, para ti, te lo has ganado! —aplaudió, entregándole un apetitoso dulce de caramelo.

La niña lo cogió.

—Serás una gran hechicera —continuó. Zalamero, acercó su mano a la cara de la chiquilla y le retiró con mimo un mechón de su cabello.

La niña se sentía orgullosa y sonreía traviesa mientras se llevaba el dulce a la boca. Sabía a frambuesa y a piña, y olía como el frescor de la mañana. Le gustaba. Al tercer lametón, cayó rendida, adormilada.

El mago la recogió entre sus brazos y la llevó a una esquina. Acercó el banco de madera y la tumbó en él. Estiró con mimo su faldita, sonrió malévolamente, extrajo del jubón una pequeña y extraña botellita de vidrio, y la posó en la mesa. Se veía vacía.

Tomó su varita mágica y la giró con suaves movimientos. El ritual daba comienzo.

Unos espectros grises emergieron de la punta de la varita y empezaron a recorrer la habitación como sombras de la noche. Se acercaban y alejaban de la niña. Unas veces la olisqueaban, otras se paraban frente a ella y absorbían sus esencias mágicas y vitales, vaciándola por dentro, bebiendo su alma, exprimiéndola cual limón.

Con cada pasada, aspiraban la esencia mágica de la niña y la dejaban caer sobre el mago. Aquellas partículas que portaban el halo vital, las depositaban dentro de la botellita de cristal.

Cuando ya no quedó nada de esencia en la niña, el mago la miró. La desgraciada yacía seca como una uva pasa, solo piel rugosa y descolorida colgaba de sus huesos.

Semejaba más una cáscara que un cuerpo.

Con una sonrisa, Usatán observó en el interior de la botellita: *Esta ojiri ha llenado ella sola casi un tercio. Más con semejante poder y pronto habré terminado. ¡Lástima que nazcan pocos dotados con esa gracia!*, se lamentó.

Antes de guardar el minúsculo recipiente en un bolsillo oculto bajo su túnica, dejó caer una gota en la punta de su lengua y se acercó al corroído espejo que colgaba de la maltrecha pared. Con aquella simple migaja, su rostro había rejuvenecido al menos diez años, desprendiendo un aura cerúlea.

Se recolocó su embozo y abandonó el habitáculo. Satisfecho, ordenó a sus sicarios:

—Ya sabéis lo que tenéis que hacer. Llevadla al glaciar y arrojadla junto a los otros, en lo más profundo, donde nadie jamás pueda encontrarla.

Según entraban en la habitación se vio cómo una lágrima resbalaba por el pómulos del más joven de los guerreros.





ILLOTZ

Antes de ser dragón, hay que sufrir
como una hormiga.

(Proverbio de los Brujos de Hielo)

«El imperio de la magia emana de los cinco elementos. A saber: agua, tierra, aire, fuego y tiempo. Para canalizar el éter y explotar su poder, no basta con conocer el arte de las runas, es necesario dominarlas a la perfección. Cada trazo es vital y deberá ser ejecutado con extremada meticulosidad.

Usaremos las varitas mágicas, solo ellas tienen el poder de canalizar el éter interno de cada elemento. Con sencillos, precisos y firmes trazos, dibujaréis la runa elegida.

¡Venga!, todos conmigo.

A la de uno, airead vuestras varitas. Empezaremos con una runa básica, pertenece a la familia del agua...»

*(Libro I: El poder de la magia. Capítulo 1. Introducción a la magia.
Clase impartida por la señorita Waldoina)*

Cuatro lustros después.

Nada presagiaba que aquella mañana, víspera de mi decimotercer cumpleaños, mi apacible vida se torcería hasta tal punto.

—¡Vamos, remolona, arriba, que hay que dar de comer a las gallinas!

Los tímidos rayos del amanecer me acariciaron el rostro mientras Marina, mi hermana, retiraba las sábanas y abría las cortinas de par en par.

—Cinco minutos más, por favor —imploré con voz pastosa.

Tanto mi madre como mi hermana, ya se habían levantado hacía buen rato. Las tres dormíamos en la misma cama y yo, la más joven de la familia, gozaba de ciertos privilegios, uno de ellos, ser la última en comenzar la rutina diaria.

Vivíamos en una modesta casita en las afueras de Thyriel, capital de la Comarca. Madre hacía ya rato que había abandonado la casa, era la curandera del pueblo.

Tras un sencillito desayuno, pan con miel y nata de *ñamú*, pensaba acercarme a los Jardines Imperiales. Guárdame el secreto: pretendía colarme en ellos..., otra vez. Mi intención era realizar un experimento. Sabía que junto al edificio principal crecía la planta que buscaba.

—¿Qué quieres hacer esta mañana? ¿Te vas a encerrar otra vez en el cobertizo o prefieres que vayamos a jugar con los demás niños? —me preguntó mi hermana. Sabía que casi todas las mañanas las gastaba en un cuartucho adosado a la casa, donde guardaba un sinfín de probetas, tubos de ensayo, matraces y, ¡cómo no!, el alambique de cobre de mi difunto abuelo, al que tanto partido le sacaba. A diferencia de mi madre, que usaba hierbas para sanar, a mí me atraían los poderes ocultos de las plantas: los venenos. Las curasanas, como llamaba a los bálsamos curativos que mi madre fabricaba, me aburrían.

Cura, curasana, curita de rana, que limpien de mal las aguas del Unsaba, recitaba mi madre mientras embadurnaba con esas pomadas el cuerpo de sus pacientes. De ahí lo del nombre.

—Marina, ¿qué tal si practicamos algún hechizo? —rogué a mi hermana, componiendo mi sonrisa más pícara. Si los demás niños de la aldea gastaran sus ratos libres correteando entre los pastos o bañándose al cobijo de los juncos, quizá pasaría más tiempo con ellos. Pero estaban siempre embobados, queriendo imitar a sus mayores, insultándome y riéndose de mí, y todo porque era la única en toda la comarca que carecía del don de la magia. Esa actitud me había convertido en una niña tímida, huraña e introvertida. Además, su compañía me aburría. Prefería gastar mis horas absorbiendo conocimientos, escondida en la biblioteca, o jugando a ser alquimista, o viendo a mi hermana practicar sus encantamientos.

—De acuerdo —respondió, aireando su varita.

Sonreí alegre. Disfrutaba cuando mi hermana, con simples movimientos, como si agitase una batuta, lograba que una hoja imitase

el vuelo de una mariposa o que un regordete guijarro croase cual rana. Cosas de niños. Pero... tras la alegría, llegaba la decepción. Sentía como si una mano invisible me sujetara, impidiéndome alcanzar ese poder que parecía tan sencillo para los demás. Sabía que mi hermana esperaba que algún día pudiese realizar aquellos sencillos juegos de magia. Mas no, ahí estaba yo, con la cara roja de rabia, con el estómago encogiéndose, limitándome a sonreír fingiendo que no me importaba. Pero me importaba, y mucho. La magia siempre se me negaba, una y otra vez, y eso me frustraba. Nunca conseguía que la piedra croase una triste nota, o que la hoja volase libre, ni tan siquiera unos pasos.

¡Imposible!

¿Será cierto eso que todos afirman? ¿Y la naturaleza no me ha concedido el don de la magia?, me preguntaba, cabizbaja, con la pena anegando mi ser.

Mi hermana, intuyendo mi decepción, me acogía entre sus brazos.

—Ilotz, no te agobies. Cualquier día de estos lo consigues y entonces te convertirás en la mejor maga que las gentes de estas tierras hayan conocido. Nadie dibuja las runas con la perfección que tú lo haces. —Seguido, me abrazaba con fuerza y me regalaba cuanto cariño puede entregar una hermana.

Me daba mucha rabia no ser capaz de realizar los más simples hechizos. Me sentía tonta, inútil. Pero, como mi hermana bien decía, aún era una niña y todo habría de llegar. Esta adversidad, si bien era mi compañera constante, se veía atenuada por el don de una memoria prodigiosa. Por azar del destino, había nacido con la facultad de recordar todo cuanto leía u observaba, olía o escuchaba, palpaba o sentía.

—Hija, gozas del regalo más prodigioso que jamás se haya otorgado a un mortal —recalcaba mi madre cada vez que yo repetía, imitando a un lorito bien amaestrado, sin saltarme una coma, el contenido de cualquier libro que hubiese caído en mis manos.

Ya era mediodía y el sol lucía brillante, altivo. Siguiendo la ribera del arroyuelo que bordeaba el recinto imperial, había llegado hasta el muro de piedra. A pocos pasos de allí florecían las más bellas y mortales plantas de toda la metrópoli: acónitos, adelfas, belladonas, cicutas, y un sinfín de variedades más. Mi intención era recoger un buen manojo de estramonio —*me atraían sus efectos alucinógenos*—, que tan abundantemente crecía en los aledaños del edificio principal.

Mi corazón latía con fuerza, una mezcla de miedo y excitación. Sabía que estaba traspasando un límite, adentrándome en un lugar prohibido. Pero la curiosidad, ese cosquilleo en el estómago, esa necesidad de descubrir qué se ocultaba tras aquellos muros, era más fuerte que cualquier temor.

Me tapé la nariz con un pañuelo, no soportaba el desagradable olor que emitían sus tallos al ser cortados. Estaba absorta en esa tarea cuando escuché un grito aterrador, seguido de la voz aguda de Xanara, la Hechicera. Provenía del segundo piso, a escasos palmos por encima de mi cabeza. El miedo me atenazó, sentí un escalofrío recorrer mi espalda. El aire se volvió denso, difícil de respirar. Pero al mismo tiempo, una fuerza invisible me impulsaba hacia adelante. Tenía que saber qué había sucedido, qué significaba aquel grito.

Agucé el oído. Escuché una voz, apenas perceptible, de forma que decidí encaramarme y trepar por la enredadera hasta alcanzar el alféizar del ventanal. Habrá quien diga que la curiosidad mató al gato, razón no les falta.

Al llegar al segundo piso me aferré al quicio de una de las hojas del ventanal, que, por suerte, se hallaba entreabierto. Aparté un poco unos cortinones granates, bordados con hilo de oro, que colgaban de su perfecto dintel de hierro y atisé a través de ellos. La habitación era amplia, con poca decoración. Varias candelas de grasa alumbraban la estancia.

La hechicera estaba al fondo del gran salón, inmóvil, parada frente a una persona atada a una silla de madera con refuerzos de acero. Era una mujer de avanzada edad. Estaba descalza y vestía un simple camisón crema de fina tela. Aquella prenda era tan transparente que permitía ver las formas de sus huesos, rasgando su blanca

y rugosa piel. Su tez estaba muy pálida y se la veía demasiado delgada. Se hallaba, sin duda, al borde de la muerte.

Inquieta, me acomodé en el alféizar y agucé los sentidos, tal y como hacía cuando acechaba el nido de la lechuza, mientras me ocultaba entre las ramas de la nogala³. Las palabras me llegaban rasgadas, distorsionadas. Solo alcancé a oír una pregunta que, con insistencia, brotaba de la garganta de la hechicera, como si fuese un mantra que repetía sin cesar:

—¿Dónde lo has escondido? —exigía con saña.

El extraño personaje respondía solo con un vocablo: *Agua*.

—Te daré un trago cuando contestes a mi pregunta, ¿dónde lo has escondido? —insistía la adivina.

Yo no entendía nada, solo veía la vida de esa pobre mujer a punto de desaparecer. Apreté los puños con rabia y, por momentos, perdí la concentración. Eso me hizo resbalar. Rápida, volví a asirme al batiente. Me asusté, había estado a punto de caer. Abrí cuanto pude los ojos y exigí a mi cuerpo un último esfuerzo. Observé con más agudeza a aquella persona que se debatía entre la vida y la muerte. Era patente que no pertenecía a nuestra raza. Tenía la piel tan blanca que parecía como si nunca hubiese tomado el sol. Me recordaba al color de los quesos que *mamá* elaboraba con la leche de los *ñamús*.

Pobre mujer, ¿cuánto tiempo llevará en ese estado?, me pregunté.

Me mordía la curiosidad, así que me aupé un poco más sobre el ventanal. A pesar del temblor en mis manos, me aferré con fuerza a la enredadera. La adrenalina recorría mis venas, haciéndome sentir invencible. No me importaba el peligro, tenía que escudriñar, tenía que escuchar, tenía que saber. Si a cualquiera de las dos mujeres le hubiese dado por fijar la vista hacia donde me hallaba, sin duda habrían visto mi rubia cabellera y mi respingona nariz asomando curiosas a través de los cortinones, pero tuve suerte, ni la hechicera ni la anciana se percataron de mi presencia.

³ Los nogales más ancianos, con sus ramas extensas y fuertes, recibían el nombre de nogalas.

El chirriar de los goznes de la puerta al abrirse de golpe, además de asustarme, interrumpió el interrogatorio. Me encogí instintivamente, como un ratón que busca refugio ante la presencia de un depredador. Pero en cuanto el peligro pasó, mi curiosidad volvió a asomar, como una flor que se abre al sol después de la tormenta. Caio Augustus Kálathras accedía a la estancia con su porte altivo y arrogante. Hacía dos años que ostentaba el cargo de Menestral, máximo responsable del Ministerio de Magia, y su retrato colgaba en todas las paredes de edificios oficiales. Sin demoras, ni saluciones, se dirigió hacia Xanara.

—¿Ha confesado? —preguntó con voz seca.

Se le notaba turbado. En su mano derecha blandía su varita mágica. Algo que me pareció inusual, él tenía suficiente poder como para encauzar el éter sin necesidad de emplear objeto alguno. Aun así, la varita bailaba nerviosa entre sus dedos, amenazando tanto a la prisionera como a su propia ayudante. Procuré no hacer ruido y me recliné un poco más, dejando que mis piernas bailasen peligrosamente sobre el vacío.

—No, mi señor. La muy desgraciada se niega a contestar. Solo insiste en pedir agua. No sé qué más hacer —respondió Xanara con el tono más angustiado que fue capaz de impostar.

El Menestral la tomó del brazo y la arrastró hasta que ambos se detuvieron cerca del ventanal donde me camuflaba. Menos mal que los cortinones ocultaban mi cuerpo. Aun así, sentí como el corazón se me arrugaba. Temí que sus desbocados latidos me delatasen. Me deslicé un poco más en el alféizar, permitiendo que mi cuerpecito de niña colgase peligrosamente del ventanal. Al retirarme hacia afuera, tuve la mala suerte de que mis rubios cabellos se enredaron en la bisagra de mi izquierda. Aguanté el dolor cuando tiré bruscamente con mi cabeza. Pude soltarme, pero me costó un mechón de mi leonada cabellera.

Una vez cerca de la ventana, el mago guardó la varita bajo el fajín, acercó los labios al oído de Xanara y le increpó, con tono airado, sin la menor compostura.

—¿De qué me sirves, si eres incapaz de cumplir una simple orden? ¿Para qué te quiero a mi lado, si al final soy yo quien tiene que solucionar los problemas?

La hechicera calló. Agachó la vista, en un acto de total sumisión, y se limitó a permanecer con los ojos pegados al suelo.

El Menestral le dio la espalda.

—No quiero más excusas. ¿Me entiendes? Estamos acariciando el éxito —continuó Kálathras—, y tú ni siquiera eres capaz de son-sacar a esta vieja un mínimo de información.

Recorrió de un lado a otro el salón, pensando en su próximo movimiento. Se detuvo y se giró con brusquedad, plantándose de nuevo frente a la hechicera.

—No me vuelvas a fallar —le exigió—. Haz lo que tengas que hacer. Si se niega a hablar, arráncale el corazón o juro que seré yo quien te lo arranque a ti. Ampútale el alma, róble la vida o yo mismo enviaré tus huesos a lo más profundo de los abismos. ¡Maldita sea! Solo necesito saber dónde lo ha escondido. ¿Lo entiendes? No creo que sea tan difícil. No perdonaré otro fracaso.

El hechicero se giró y estudió a la prisionera. Elevó ambas manos y pronunció unas palabras. Una runa dorada, que se mantuvo suspendida del aire, apareció de la nada, emanando unos destellos amarillentos que pronto se tornaron grises. Fue en ese momento cuando de sus dedos nació una niebla que recorrió la habitación hasta llegar donde se encontraba la anciana. Semejaban dos garras de humo que se aferraron a la silla de la prisionera, tirando con fuerza de ella. Poco a poco, la arrastraron hasta detenerla frente al mago. Las garras de humo soltaron la silla, revolotearon en el aire, se aferraron al cuello de la anciana y comenzaron a estrangularla. Hasta yo sentía la falta de oxígeno.

Desde donde me encontraba, veía el terror dibujado en su rostro. Sus ojos me llamaron la atención: sus iris, como dos luceros, carecían de color. O no poseía pupilas, o, de tenerlas, estas eran blancas, a juego con el tono de su piel.

¡Es ciega!, intuí.

Leí en su frente las arrugas de la edad. Sus largos cabellos canos caían flácidos sobre sus hombros. Era un ser indefenso, inofensivo. Sentí pena por ella.

—Dime donde lo has escondido o muere —amenazó Kálathras.

Reflejado en el espejo que se apoyaba en un viejo aparador de roble, vi la mirada del hechicero. Tenía ojos de loco y en la comisura de su boca brillaban restos de saliva. Su aspecto era el de un monstruo, el de un ser falto de todo atisbo de cordura.

La anciana abría y cerraba la boca como pez fuera del agua queriendo robarle alguna bocanada al aire que le negaban esas garras de niebla. El Menestral aflojó su agarre, esperando la deseada confesión.

—Veo que posees... una magia... muy poderosa... —dijo la prisionera, arrastrando las palabras, casi sin aire en sus pulmones. Tosió, escupiendo sangre y saliva sobre el suelo. Su rostro, surcado por el dolor, me miraba con una mezcla de terror y súplica. Inhaló una bocanada que pareció un suspiro y continuó—. Una magia... que sé a ciencia cierta... no te pertenece. Sí, Caio Augustus Kálathras, ladrón de almas, conocemos tu secreto y sabemos lo que pretendes. No te das cuenta de que tú mismo te estás condenando.

Sentí un nudo en el estómago. *¡Maldita sea!, si el Menestral continúa apretando esas garras de niebla contra su cuello, terminará por matarla*, susurré para mis adentros.

Kálathras la escupió en la cara.

—Dudo mucho que sepas lo que anhelo. Lo que debería importarte es que tu vida depende de una respuesta. O me dices lo que necesito saber o juro que no saldrás viva de aquí. Por cierto, ¿dónde están tus hermanos? ¿Acaso tenéis miedo de un simple mago? Creía que los Brujos de Hielo nunca dejaban tirado a uno de los suyos.

¿Brujos de Hielo?, me pregunté, incrédula. Recordé haber leído algo sobre esa extraña y desconcertante raza, de eso hacía muchos años.

—Que ingenuo y arrogante eres, Kálathras. ¿En serio crees que tú me has capturado? Es de ilusos pensar que mi vida es importante.

Ahí te equivocas, carece de valor. Lo único que pretendo es frenar tu locura. Por eso lo he escondido donde nunca podrás encontrarlo.

La anciana cerró los ojos. Tomó una nueva bocanada y dejó que sus palabras emanasen desde lo más profundo de su ser. Se relajó y bajando la voz hasta tornarse en un susurro, añadió.

—Caio —dijo casi sin aliento—, no todo está perdido, todavía hay tiempo, renuncia, detén tan desmedida ambición que sufres. Las muertes que te acompañan, las vidas que has segado, son irre recuperables, pero todavía puedes evitar que nuevos inocentes perezcan. Borra la codicia de tu corazón y regresa a los brazos de la cordura. En tus manos descansa el finalizar esta maldita guerra. Piensa en tu pueblo, en su sufrimiento.

El Menestral, presa de la furia, gritó. Contempló con odio a la anciana y apretó sus garras de niebla.

—No dices más que sandeces, vieja estúpida. ¿Qué conoces mis planes? Permíteme que lo dude. Piensas que lo que hago es por egoísmo; qué equivocada estás. Soy solo un mero siervo del más grande de los magos, Usatán, quien pronto regresará de entre los muertos y reinará sobre todos. —Los ojos blancos de la anciana se abrieron de par en par, la locura del hechicero era más enfermiza de lo que ella pensaba—. Ni tú, ni tus malditos hermanos, ni los miserables magos del Altiplano —prosiguió Kálathras— seréis capaces de detenernos esta vez. Ahora estamos preparados. Tus ojos no ven el futuro, sino que viven anclados al pasado. Mírate, Amyra, la gran bruja, estás a punto de morir, y sigues comportándote como una niña malcriada. Antes de que te envíe a los infiernos, él ha de regresar. Yo me encargaré de ello —esas últimas palabras las dijo con la arrogancia que daba sentirse vencedor—. Vosotros sois los soberbios, os creéis en posesión de la verdad, que solo vuestro credo es el que debe seguirse. Estáis tan fuera de la realidad que no veis más allá de vuestras propias narices. Además, tienes la insolencia de decirme que te has dejado apresar... ¿Para qué?, ¿para morir? Si eso era lo que buscabas, con mucho gusto complaceré tus deseos. Pero de nada servirá tu sacrificio, devastaré las tierras del Altiplano si fuese necesario. No dejaré a nadie con vida.

Caio Augustus Kálathras movió sus dedos y las garras de niebla apretaron con más fuerza. La anciana cerró sus ojos, negando con la cabeza. Era un caso perdido, quizá debió prestar más atención a lo que le aconsejaron sus hermanos. Sentía cómo el aire se le negaba. Resignada por su destino y, tras unos segundos, volvió abrir sus ojos, pero ahora no escrutaban al hechicero, sino que los clavó en mis pupilas.

¡Me está mirando!

Me asomé tanto que perdí el equilibrio. Me asusté al descubrir que sus ojos ya no eran blancos, sino que ahora lucían ambarinos. Divididos en dos mitades por una franja vertical y ovalada, del color más negro jamás visto. Se parecían a los ocelos del tigre disecado que el Menestral usaba como alfombra decorativa, esa que descansaba a escasos pies de la cómoda, en aquella misma habitación. Llevé mi vista hacia la boca de la anciana y descubrí en ella una mueca de complicidad. *¿Acaso, me está sonriendo?*, me pregunté.

Una de las garras de humo soltó el amarre de su cuello. Entonces, sus espurios dedos se cerraron, formando un mazo. Golpeó con tal fuerza en la mandíbula de la prisionera que unas gotas escarlatas emanaron de sus labios. La mujer no apartó la mirada de mis ojos, toda vez que escupía al entarimado.

Su saliva estaba impregnada de sangre.

Un hilo de espuma, fruto de la rabia, brotaba de los labios de Kálathras.

—¡Habla o muere! —amenazó el hechicero.

A través del reflejo del espejo percibí el intenso brillo de sus pupilas, soltaban chispas. En ese momento un escalofrío recorrió mi nuca, supuse que sería la muerte que pasaba a mi lado, con la intención de llevarse a esa pobre desalmada. Kálathras volvió a recitar un nuevo conjuro y, lo que antes eran garras de niebla, se transformaron en zarpas de un fuego tan intenso que sentí su calor.

—Es tu última oportunidad —espetó en Menestral. Hacía tiempo que había dejado atrás la cordura.

—Nada se puede esperar de quien ha perdido el juicio. Menosprecias la vida de aquellos que te siguen, y todo por buscar una quimera.

Vi cómo la anciana clavaba otra vez sus ojos de tigre en mí y, pese a que sus labios se mantuvieron cerrados, juro que me susurró una frase. La escuché con claridad, tamborileando en mi cerebro: *Ilotz, mi vida y nuestro destino, quedan en tus manos.*

Sentí su mirada invadiendo mi ser. De su boca, que seguía sellada como el arcón donde yo guardaba mis venenos, nació una muda palabra, una súplica silenciosa que se adhería a mi piel: *¡Búscame!*

En ese momento un fuego abrasador recorrió mi cuerpo, como si mil estrellas hubieran explotado dentro de mí. Un cosquilleo extraño me recorrió las manos, anunciando la llegada de una fuerza inexplicable. Mi mente se tambaleaba, incapaz de comprender lo que estaba sucediendo. Seguido, un mapa tomó forma en mi mente. Sus trazos eran pura tinta de luz. Abarcaba todo Aelor, e incluía cordilleras e islas que yo, y los mapas que había consultado en la biblioteca, desconocíamos. En su extremo oriental reposaba mi aldea, rodeada de extensas praderas. Más al oeste, el lago Ichibí, con sus montes bajos y, adosado al Muro de Piedra, el majestuoso río Unsaba atravesaba el continente de norte a sur. Por encima de ese insalvable muro, El Altiplano, hogar de nuestros enemigos. Con sus Montes de Hielo escondidos hacia el norte. Con sus sistemas rocosos desafiantes en el centro. Con sus ríos, sus valles, bosques y pueblos diseminados por el mapa como estrellas en el firmamento.

Unas negras huellas de pie humano atravesaban el mapa, de este a oeste, marcaban un oculto y zigzagueante camino. Principiaba en mi aldea y terminaba en un borrón perdido entre bosques y altos picos, en la otra punta del mundo. En ese lugar se dibujaba un rostro: la cara de la anciana.

El Menestral, ajeno a esta epifanía, apretó con fuerza aquella prolongación etérea de sus manos. Vi cómo la prisionera arañaba, presa del dolor, la madera del reposabrazos. Clavó tanto sus uñas en ella que manchó de sangre su superficie. En ese momento compartí su sufrimiento. No supe explicar cómo, ni por qué, pero viví en mis propias carnes el dolor que la anciana soportaba. Sentí su

valor al aguantar tanto tormento y... de nuevo esa palabra repitiéndose en mi cabeza, como el eco en una cueva: *¡Búscame! ¡Búscame! ¡Búscame!*

En los ojos del hechicero, reflejados en el espejo, solo se leía locura.

Poco antes de que la muerte llamase a su puerta, de los labios de la anciana emanó un haz de luz, un estallido luminoso que cubrió la habitación y me cegó. Por momentos, floté en un aire cargado de energía. De su boca nacieron unos chorros de luz que derribaron todo cuanto encontraron, muebles, cuadros, candiles..., incluso a mí. Solté un grito al sentir cómo mi cuerpo abandonaba la comodidad del alféizar y avanzaba hacia el lejano suelo.

—¿Quién anda ahí? —preguntó el mago al escuchar mi grito. La explosión lo había arrojado contra la pared.

Kálathras se incorporó lo más rápido que pudo. Con un chasquido de sus dedos invocó una runa y los candiles de grasa, que yacían desperdigados por los suelos, se encendieron. Apenas iluminaron la estancia. Se acercó al ventanal y se asomó curioso. Echó una ojeada a los setos que florecían en el parterre, mas no vio a nadie.

Juraría haber escuchado un grito y visto una sombra, se dijo.

Recuperó la compostura y, adherido a una de las bisagras, descubrió un mechón de pelo de un color cerúleo como la hierba seca del verano. Estudió el pelambre y sonrió:

¡Te pillé!, se dijo. *La única persona en todo el pueblo que posee una melena con esa tonalidad de oro es la hija de la curandera. Además, solo ella tiene la osadía de colarse y merodear en el Palacio en busca de sus malditas plantas.*

En más de una ocasión me había pillado correteando por los setos y parterres de los Jardines Imperiales.

Presto, recogió la prueba de mi delito. Se acercó hasta la hechicera que yacía tumbada encima de la alfombra y la ayudó a incorporarse. Al fondo de la estancia reposaba lo que otrora fuera una silla de madera y hierro, ahora convertida en un amasijo candente de astillas, con sus soportes metálicos irradiando incandescencia. De la anciana, ni rastro. Se había evaporado junto con el haz de luz.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó extrañada la hechicera.

Kálathras se alisó la túnica y añadió:

—Algunos miembros de los Brujos de Hielo poseen la insólita facultad de anticiparse a la muerte, suicidándose, como cobardes, temerosos de afrontar su destino. Logran transformar su espíritu en un soplo de luz. Momentos antes de que llegue su fin, enfocan su energía en un único punto que hacen estallar en una explosión lumínica. Al menos poseen una forma original de abandonar este mundo antes de visitar los infiernos.

Se plantó frente a la hechicera y extendió su palma, mostrando el mechón de cabellos dorados. Xanara lo miró con el rabillo del ojo, contrariada. Confusa, levantó sus cejas. No entendía ese gesto, ¿por qué le mostraba esos trozos de pelo?

—Tenemos un problema. La hija de la curandera lo ha visto todo.

—¿¿¿Qué???

—Ve a por ella y tráela ante mí. Es probable que no haya ido muy lejos.



Malatías dormitaba junto a su cerezo favorito. Escuchaba hechizado el canto de unos jilgueros que jugueteaban en sus ramas, mientras disfrutaba de su pipa de agua. Su boca emitía volutas con olor a vainilla mezclada con canela que ascendían en perfecta armonía hasta alcanzar las ramas más altas.

Cuando más abstraído se encontraba, sintió un pinchazo en el corazón. Un haz de luz le atravesó el pecho, anidando en lo más profundo de su ser. Le abandonaron las fuerzas y dejó caer la pipa de sus manos, desperdigando su brasa por las raíces del árbol.

¡No!, mi querida Amyra, no, se lamentó mientras unas lágrimas humedecían sus retinas.

Minutos más tarde, su discípulo favorito corrió hacia él.

Ágerot era un joven Brujo de Hielo que, desde la óptica humana, aparentaba unos *veintipocos* años, pero que, en realidad, rondaba los cien. Era de tez fina, perilla bien arreglada y semblante serio. Gustaba de madrugar, meditar y arrojar piedras al lago haciéndolas saltar como ranas en un estanque.

Se acercó a su maestro, recuperó el aire perdido por la carrera, y esperó a que el anciano le dedicara una mirada.

—Maestro, he tenido una extraña sensación. Mi abuela... —titubeó— nos ha dejado.

—También lo he sentido.

Ágerot bajó la cabeza, entristecido. Quería mucho a esa anciana. Un doloroso pinchazo le agujereaba el corazón.

—¿Qué podemos hacer?

—Primero, honraremos su muerte. Luego, descenderé al continente y descubriré cómo murió y por qué invocó *el resplandor*. Tuvo que ser algo más doloroso que la propia muerte.

—Puedo acompañarte, maestro.

—No solo puedes, sino que tengo una misión especial para ti.

El joven quedó intrigado.

—¿De qué se trata? —preguntó.

Malatías señaló al suelo y le pidió que le recogiera la pipa. Rellenó con nuevas hebras de mezcla su cazoleta y, con un gesto de los dedos, la prendió fuego. Dio la primera calada con la paciencia y experiencia que da haber sobrevivido a más de un milenio. Después, se incorporó de su asiento, cogió del brazo a su discípulo, y le invitó a que lo acompañara en un paseo por los jardines.

El joven aceptó sin rechistar.

Durante el camino rememoraron otros tiempos, no muy alejados del hoy. Esos días de hace algo más de dos lustros, cuando Ágerot vivía entre los hombres.

—Nunca te he pedido perdón por obligarte a dejar a tu familia. Me siento culpable de que tuvieras que mentir a los tuyos —dijo el anciano con remordimiento.

—No mentí, solo manipulé la verdad.

—¿La querías mucho?

—Con toda mi alma.

—Ahora precisa de tu ayuda. Está en serios apuros. El Menestral la ha hecho prisionera y la retiene en las mazmorras de su palacete.

—¿Cuándo ha ocurrido eso?

—El cuándo no es importante. Debes ayudarla. Acompáñame a Aelor y, mientras yo descubro lo que le ha pasado a Amyra, tú ve y... rescata a tu mujer.

Ese lugar Aelor le trajo recuerdos. No pudo evitar acordarse de su esposa, una moza alegre, risueña, plena de felicidad. Recordó aquellos amaneceres, abrazados frente a los acantilados de Nimiria. Su primer beso; el día de su boda; esas tardes, montados en la barca, los tres, él, su amada Adlara y Marina, la hija que ella trajo consigo en su huida. Fueron años de dicha y felicidad, hasta que una tarde tuvo que abandonarla. Habían quedado en asistir a la toma de posesión de la nueva sacerdotisa. Para tal acontecimiento, él le había regalado un camafeo de luz, un medallón muy extraño y bien valorado: le gustaba verla feliz, presumiendo de su belleza. Además, ella le prometió que, una vez terminara la velada, le desvelaría un gran secreto que no deseaba ocultar por más tiempo.

Esos viejos y dolorosos recuerdos provocaron que unas lágrimas rodaran por sus mejillas.

El anciano aprovechó esos momentos de tristeza y señaló a unos pajarillos que revoloteaban en los parterres florales buscando algo que llevar a sus crías. Se oyó el suave siseo de la brisa al golpear sobre las hojas de los árboles.

—Mira que felices son. Sin más problemas que buscar alimento. No distinguen el futuro del pasado y no poseen secretos que turben su presente. Querido Ágerot... —se tomó unos segundos de pausa. Dio unas profundas caladas a la pipa y lo miró a los ojos—. Los días

que viviste en Aelor fueron felices y quizá pienses que todo volverá a ser como antes. Tendrás que dar explicaciones, pedir perdón y comerte el orgullo. Estarás tentado de crearte tu propia historia, pero recuerda que, cuando te asalte la duda, solo la verdad será el único camino, aunque este sea más doloroso que una puñalada.

—Así lo haré, maestro.

Una vez en Aelor, maestro y alumno cabalaron por los caminos del norte. Cuando atravesaron el río Mhör, llegó la hora de la despedida. Uno partió a rescatar a su amada, otro, a intentar salvar el mundo de los humanos, otra vez.

—Mi querido Ágerot, espero equivocarme, pero nuestros caminos volverán a encontrarse en la maldita Torre Oscura —dijo Malatías señalando hacia el norte—. Algo me dice que es allí donde se ha de celebrar la batalla final. Ojalá mis temores sean infundados, porque, de estar en lo cierto, un gran peligro se cierne, no solo sobre nuestras cabezas, sino sobre Aelor. Hasta entonces, ve con tiento —se despidió el anciano.

Con el sol atravesando el mediodía, ambos magos se separaron. Uno dirigió sus pasos hacia el este, otro, al oeste.

«Según los antiguos pergaminos de Darel, Usatán, el Devorador de Almas, nació en las sombras de la Comarca durante los últimos suspiros de una era. Un ser de oscuridad, forjado en los hornos del Averno, su corazón fue más negro que la noche más profunda. Su poder, desmedido y corruptor, desató una tormenta de odio y destrucción que sacudió los cimientos del mundo.

Hermanos se enfrentaron a hermanos, padres a hijos, en una guerra fratricida que gangrenó la tierra. Todo por la insaciable sed de poder de Usatán, que ansiaba gobernar sobre los vivos y los muertos. Y aunque han pasado lustros desde aquellos días oscuros, su legado continúa ensombreciendo nuestros corazones.

Aún hoy, las cicatrices de aquella guerra permanecen abiertas, y los ecos de su nombre resuenan en la noche como un presagio de maldad. ¿Por qué, después de tanto tiempo, el espíritu de Usatán sigue atormentando nuestros sueños? ¿Acaso no hemos aprendido la lección? La historia nos enseña que el mal, una vez desatado, es difícil de erradicar. Y que el precio de la ambición es siempre demasiado alto.»

(Crónicas de la Gran Guerra. Introducción. Biblioteca de Éririndor)

Me dolía en extremo el trasero, el golpe que me acababa de dar al caer del ventanal de seguro me habría roto algún hueso. Para más inri, aquel fogonazo de luz me había cegado. Intenté abrir los ojos, un caos de luces parpadeantes, como un enjambre de luciérnagas desorientadas, me impedía ver. Entre sombras atisé la figura del Menestral asomándose al ventanal. Fue entonces cuando algo extraño ocurrió. Mis ojos dejaron de ver y tuve la sensación de estar flotando en un mar de estrellas. También escuché el sonido de una melodía celestial y olí el dulce aroma de las flores.

Aún cegada por la explosión de luz, traté de incorporarme. En ese mismo instante, unas manos invisibles me elevaron sin aparente

esfuerzo, haciéndome volar como una hoja seca. Fueron unos instantes, menos de lo que se tarda en suspirar, pero cuando finalmente mis pies tocaron tierra, en vez de sentir la suave hierba de los Jardines Imperiales, mis dedos se hundieron entre ásperos guijarros. Reparé en un olor familiar: olía a tierra mojada y a jazmín. Con el corazón palpitando en un frenesí, abrí los ojos... ¡No podía creer lo que veía! Estaba en mi propio jardín.

¿Cómo habré llegado hasta aquí?, me pregunté.

Incrédula, me giré. Frente a mí se alzaba la nogala, majestuosa, frondosa. Sí, habría reconocido ese árbol entre un millón.

Inspiré hondo.

Olí el aroma de las plantas que mi madre había sembrado y que ahora perfumaban el ambiente. Nada podría imitar tales fragancias. Mi casa se mostraba ante mí, con su chimenea a medio derruir, y con aquellos sutiles tonos azules pincelando sus ventanas. Por primera vez creí haber sentido el poder de la magia navegando por mis venas. Se me erizó la piel. *Porque, eso es lo que ha ocurrido, ¿no? Hace un soplo estaba colgada del alféizar de una ventana, en los Jardines Imperiales, y ahora... estoy aquí. Varias horas de camino hechas en un solo segundo. No cabe duda, eso ha sido producto de la magia, pero... yo carezco de tal don.*

Me acerqué a la puerta de la casa. Con cada paso, mi cuerpecito de niña respondía con una punzada de dolor, la caída había sido dura, *de seguro mañana tendré moratones*, me dije. Me paré frente al umbral y grité los nombres de mi hermana y de *mamá*. Nadie respondió.

Intenté serenarme.

Me temblaban las piernas y me dolía el culo.

Mi cabeza no dejaba de castigarme con las mismas preguntas: *¿Quién era esa anciana? El menestral dijo que se llamaba Amyra, y añadió que pertenecía a los Brujos de Hielo... ¿Búscame?... ¿A quién o qué tengo que buscar?* Me vinieron a la cabeza aquellas huellas dibujadas en el mapa que nacían de mi aldea y se perdían en los confines del mundo. *¿Será allí dónde tengo que ir?*

Decidí entrar en casa y reposar mis múltiples dolores. Rebusqué entre los cajones de la cómoda de *mamá*. Un batiburrillo de bálsamos se desperdigaba en su interior. Miré bien cada etiqueta hasta que hallé lo que buscaba. Retiré el tapón de corcho que lo mantenía cerrado y vertí un poco de su líquido en un paño. Lo aderecé con unos polvos y comencé a masajearme las partes doloridas, sabía que eso me aliviaría. Esa caída había sido muy dura. A medida que frotaba mi cuerpo con aquel ungüento, sentía un calor que me reconfortaba.

Abrí otro de los cajones y tomé un sobre.

Extraje un trozo de raíz de valeriana y comencé a masticarlo. Seguido, me tumbé en el lecho familiar. Me encontraba exhausta, dolorida. Demasiadas nuevas vivencias para mi joven cerebro. Tenía que descansar y procesarlas despacio. Ni tan siquiera sabía cómo decírselo a *mamá* sin que todo pareciera una locura, un invento de mi alocada imaginación.

Si al menos el mapa estuviera dibujado en un pergamino para poder enseñárselo...

La valeriana hizo efecto y me dormí.

Soñé con un mar de estrellas y entre los luceros el rostro de Amyra flotaba y me susurraba: *La magia fluye en tu sangre, espera su despertar. Recupera fuerzas y, cuando estés preparada, ¡levántate y búscame!*



Los lejanos ladridos de una jauría de perros aproximándose a mi casa me despertaron. Sobresaltada, me incorporé de la cama. Mi corazón palpitaba en mis oídos, ensordecando mis pensamientos.

Lo más rápido que pude me acerqué a la cómoda y llené mi mochila de cuero con varias de las *curasanas* que mi madre guardaba en

el cajoncito. También metí unos pedazos de *isinkwa*⁴—el pan del cazador—, mi honda favorita y la cantimplora. Me calcé las botas de cuero y lana, por si el frío apretaba y abandoné la estancia.

Miré a mi alrededor. Escuchaba los ladridos demasiado cerca, sin tiempo de huir, así que decidí ponerme a salvo en brazos de la nogala. Trepé a sus ramas con la agilidad de una ardilla. Desde ese escondite vi cómo los sabuesos, con sus colas erizadas y sus ojos inyectados en sangre, irrumpían en mi hogar. Mi corazón se estrujó al ver cómo destrozaban mi cama. Con clara inquina despedazaron también las sábanas y la colcha, herencia de mi abuela.

Sentí rabia. Mi instinto me obligó a afianzarme todavía más al tronco. Mi vida peligraba. Al aferrarme a su corteza, sentí una energía ancestral que nunca antes había sentido. Era como si el árbol me transmitiera fuerza y protección.

Entonces aparecieron ellos: Kálathras, el hechicero, con su mirada fría y calculadora, y sus secuaces, hombres despiadados y rudos como una roca. Entre ellos, arrastraban a mi madre, atada y amoradada.

¡Mamá!, murmuré para mis adentros.

¿Por qué la llevan prisionera? Ella no ha hecho nada, me lamenté, aferrándome aún más a las ramas. En ese momento, me inundó la ira, convirtiendo mis venas en ríos de fuego. Una fuerza desconocida parecía fluir por mis venas, dándome una sensación de poder que nunca antes había experimentado.

Todo era por mi culpa, por haber metido las narices donde no me llamaban.

Mis piernas temblaban, respiraba con dificultad y mis maxilares parecían fundirse en un férreo mordisco, como si masticara la piel dura y correosa de un lagarto. Noté la cólera adueñándose de mis venas, la rabia corroyendo mis entrañas.

Apreté los dientes hasta hacerlos rechinar, respiré lo más hondo que pude e intenté pensar. En un primer momento especulé en

⁴ Masa formada por varios cereales y frutos silvestres, rico en nutrientes, de la que se alimentaban los guerreros de la comarca cuando partían hacia los bosques del norte en busca de pieles y comida.

abandonar mi escondite y luchar. Por fortuna, la mano invisible de la prudencia logró detenerme a tiempo. No cabían más tonterías, mi vida peligraba y tenía que ser más inteligente que ellos. Esa era mi fortaleza, solo así los vencería. ¡Qué podría hacer yo, carente de magia, contra los más aguerridos magos de la aldea!

Sabuesos y guerreros, inclementes, comenzaron a registrar la casa. Hasta lo alto de las ramas llegaban los sonidos de la loza al hacerse añicos, de las maderas de los muebles al transformarse en astillas, de las lamparillas de gas al romperse. Aterrorizada, escuché el sonido ronco de mi alambique al caer.

—Mi señor, la casa está vacía —sentenció uno de los sicarios.

Caio Augustus Kálathras se paseó frente a la puerta, pensativo. Inspeccionó los alrededores con la mirada de lince que le caracterizaba. Con un gesto de su mano, invocó una neblina gris que comenzó a deslizarse a ras de suelo. Cuando pasaron por encima de mis invisibles huellas, estas se iluminaron, revelándose al hechicero. Mi escondite había sido descubierto. Mi madre, con los ojos llenos de lágrimas, me lanzó una última mirada y antes de que la alejaran de mí, gritó:

— ¡Huye mi niña!, ¡huye! Que nada te detenga.

El Menestral se giró y la abofeteó con saña. Seguido, agitó sus manos en una extraña danza. Una runa de fuego se dibujó en el aire. En su palma, una bola ardiente, roja e incandescente como la lava. Contempló a mi madre, obsequiándole una apostada sonrisa. La pobre mujer tenía el papo enrojecido y un labio le sangraba abundantemente. No le cabía la menor duda: ese desalmado pretendía matarme, conjuraba la magia más mortífera que existía.

—¡Maldito seas! Es solo una niña, ¡por todos los espíritus! ¿Es que no conoces la piedad? —increpó mi madre.

—No mientes a los espíritus. Tú y yo sabemos que tu hija es una abominación, un demonio que escapó del inframundo y fue a parar a tu pútrido vientre. ¿Acaso conocemos a su padre? Si hubiera sido un mago, al igual que lo somos nosotros, la niña gozaría del poder de la magia, pero tú bien sabes que carece de ella. Debimos matarla el mismo día que la trajiste a este mundo —aventuró Kálathras.

Escupió esas palabras sin torcer el gesto, orgulloso de que la razón le acompañara. Todos los presentes callaron. Solo la mirada furibunda de una madre atravesaba el corazón del hechicero.

—Te lo ruego, no le corresponde a un hijo pagar por los errores de sus padres. Si alguien merece morir, esa debo ser yo —imploró *mamá*, ignorante de que nada tenía que ver su pasado con el deseo del Menestral de poner fin a mi vida. Le había visto asesinar a una indefensa anciana, amén de que él pensaba que había descubierto sus malévolos planes.

Mi madre se creía culpable porque, de joven, tuvo la osadía de rechazar el amor del mago y elegir a un simple mozo de cuadra, con el que felizmente terminó desposándose. De esa unión nació Marina. Pero, una desgracia le robó a su marido. Ella siempre supuso que Kálathras tuvo mucho que ver en ese accidente. Por aquel entonces era un ambicioso escriba del Ministerio que ya tenía como objetivo ocupar el cargo de Menestral. El mismo día del entierro, el hechicero insistió en conquistarla, sin embargo, mi madre lo volvió a rechazar.

Pocas noches después, con su hija en brazos, recién enviudada y por razones que desconozco, decidió emigrar hacia las tierras del norte. Allí conoció a Adriel, un apuesto aprendiz de curandero, quien a la postre se convertiría en su segundo marido y, por ende, en mi desconocido padre. Me engendraron en una noche estrellada justo cuando un cometa azul surcaba los cielos. Mas, de nuevo, la desgracia llamó a nuestra puerta y mi padre desapareció durante una tormenta de nieve, cerca de los Montes de Hielo. Mi madre no tuvo más remedio que regresar al poblado con una niña de cinco años en sus brazos y mi semilla en su vientre. Nunca llegué a conocerlo y mi madre jamás me habló de él, ni yo la insistí.

En cuanto Kálathras la vio regresar, embarazada, reanudó su cortejo, como si el tiempo no hubiese avanzado. Nuevamente, lo rechazó. Había algo en él que le desagradaba, quizá fuese su arrogancia o su desfogada ambición. El hecho es que esta última negativa terminó por desquiciarlo. Despechado y rechazado, juró que algún día se vengaría, y, al parecer, aquel maldito día había llegado.

Una bola de fuego se elevó en el aire, ardiendo con una intensidad cegadora. Venía hacia mí. Cerré los ojos y me preparé para lo peor. Sentí su calor abrasador golpeando en mi rostro, el crujido de las ramas al incendiarse. Y luego, la nada.

Pasado un minuto, Gálgarot, el lugarteniente de Kálathras, le informaba:

—Mi señor, no hemos hallado ni rastro de la joven. Es como si la tierra se la hubiese tragado. —Pese a ser un hombre rudo y despiadado, lo dijo con voz temblorosa. Sabía que su señor desaprobaba las malas noticias. Lo último que deseaba era que su ira se desatase sobre él.

Gálgarot era un fornido mago, de complexión dura y recia. Cubría su cara con unos tatuajes rituales que descendían hasta el envés de sus manos. Representaban su conexión con el mundo espiritual. Eran como un documento viviente que contaba la historia de un individuo y su familia.

—Llebad a esta zorra a las mazmorras y buscar a su hija mayor. La quiero encadenada. ¡Vamos! —ordenó Kálathras claramente malhumorado. Era la segunda vez que esa mocosa desaparecía ante sus narices, algo del todo imposible y menos en alguien carente de magia.

Un par de horas más tarde, el Menestral entraba en el salón principal del palacete.

—¡Dejadme solo! —gritó. Acompañó la orden con un movimiento de su mano.

Después de escuchar el sonido de la puerta al cerrarse, el hechicero se acercó a una escudilla de alabastro situada en el centro del saloncito, sobre una columna también negra como la obsidiana. Se recogió las mangas de la túnica e inició un hechizo.

Poco a poco, decenas de runas se grabaron en la pulida superficie de la losa. Al principio eran solo trazos en dos dimensiones, pinceladas sobre ese prístino lienzo, pero a medida que sus dedos se movían, estas tomaban volumen y se elevaban en el aire. Primero semejaron pequeños insectos alados. Luego, aumentaron su

tamaño, transformándose en delicadas mariposas. Finalmente, mutaron sus formas por la de cientos de cuervos que, frenéticamente, volaban en círculos sobre la cabeza del Menestral.

—¡Hijos míos!, ¡buscadla! —ordenó, señalando con el dedo índice el ventanal abierto.

Las aves, una a una, abandonaron la habitación, llenando los cielos con sus graznidos.